

JULIÁ, S.: *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*. Madrid: Fundación Martín Escudero/Marcial Pons, 2011, 238 pp.

MENOSPRECIO DE LA MEMORIA Y ALABANZA DE LA HISTORIA. A PROPÓSITO DE UNA RECIENTE OBRA DE SANTOS JULIÁ

No sé por qué extraña asociación de ideas, muy probablemente debida a una mera proximidad de títulos, al terminar de leer este ameno ensayo de Santos Juliá vino a mi mente la obra del franciscano fray Antonio de Guevara *Menosprecio de la Corte y alabanza de la aldea* (1539). Lo cierto es que la bipolaridad Historia/Memoria hoy ha devenido en tópico tan socorrido como en el Renacimiento el recurso al *beatus ille*, que, en el caso del fraile cortesano, ensalzaba la vida retirada del campo frente a los vanos oropeles del poder. Como ocurriera con Guevara, que, a pesar de los pesares, siguió viviendo en la corte, nuestro historiador se dejó llevar, en su denuncia de la memoria y elogio de la historia, por el impulso de sumergirse en el fluir subjetivo de la rememoración personal a través de un ejercicio mnemónico acerca de su oficio.

En verdad, la obra que comentamos constituye parte de un género que ha hecho furor entre los historiadores, a saber, la narración egohistórica de su obra y la

pintura de su trayectoria historiográfica. El género, muy en boga, de «confesiones de un historiador» hunde sus raíces en la revalorización del yo y la experiencia personal, que corre en paralelo al movimiento de cotización al alza de la memoria como categoría analítica y ética. Y Santos Juliá, obsesivo paladín de la historia («análisis o relatos críticos escritos por historiadores sobre hechos del pasado») y militante debedor de la memoria (relatos subjetivos sobre la experiencia del pasado), cumple perfectamente con el género al ofrecernos una excelente y expresiva biografía de la evolución y vicisitudes su intensa y rica vida profesional.

Entrevera en los diez capítulos, muy desiguales en extensión, de los que consta este libro lo cronológico (evolución de su propia vida e inquietudes como historiador) y lo temático (tratamiento de algunos de los asuntos de su atención preferente: desde la Transición y las políticas de memoria en España hasta la crisis de la historia, la evolución paradigmática y los sucesivos giros epistemológicos de la disciplina, pasando por textos de más actualidad y repercusión mediática como «Federico García Lorca, muerte y memoria»). Cuando cultiva la primera dimensión prevalece el testimonio de su particular y tardía travesía hacia la historia (desde la sociología y la sociología histórica), mientras que cuando se deja llevar por la segunda brilla el filo de polemista, que tanto ha practicado su autor desde la prensa o en sus textos más combativos y controvertidos (por ejemplo, el famoso de 2003, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición democrática», *Claves*, n.º 129). Por lo tanto, se pasa de la interesante confesión personal de las credenciales teóricas y fuentes intelectuales de su propia obra, muy influida por la historia social y la sociología weberiana, que constituyó su manantial originario, y se entra también en cuestiones de mayor y más directa repercusión política como el modelo de acceso y transición española a la democracia. Algunos de los

capítulos son artículos o textos conocidos o rehechos, pero predomina la elaboración original a partir, eso sí, de tesis e ideas ya publicadas en su día. De modo que, hasta cierto punto, el libro efectúa una recapitulación y balance de su aportación como historiador y polemista comprometido en la disputa social sobre el alcance que debiera poseer la dimensión pública del conocimiento histórico. Y todo ello se encuentra atravesado por la tesis de la superioridad de la Historia sobre la memoria.

En efecto, bajo la pretensión de ser un «artesano en su taller», sostiene Santos Juliá, con prosa tersa y estilo ágil, que su oficio, ejercido con arreglo a las reglas de la racionalidad crítica inherente al mismo, ha sido en su vida una garantía y una guía para eludir todo tipo de tergiversación del pasado. De ahí que promueva una defensa sin restricciones de la ciencia de la historia frente a las intromisiones externas procedentes del campo del periodismo, la política de partido o lo que tilda de promotores de la «memoria histórica». El oficio de historiador entrañaría, en consecuencia, una tarea desinteresada y fría, descontada, no obstante, la insoslayable pasión que impulsa y nutre el deseo de averiguar las claves del pasado a partir de hechos incontestables, que han de ser sometidos exclusivamente a la jurisdicción del tribunal de la razón y al veredicto de datos contrastados con hipótesis explicativas. En tal juicio no ha lugar para otros actores de la vida social, por ejemplo, los políticos, implicados en tramas de poder y interés ajenas al imperativo crítico consustancial al conocimiento histórico, ni tampoco los movimientos que reivindican la recuperación de la memoria histórica.

Frente a la corriente que disuelve la historia en la memoria, sea ésta histórica, colectiva, social o cultural, mi posición en este debate consiste en tomar en consideración las cautelas una y otra vez expresadas por historiadores y filósofos que, sin negar el papel propio que en relación con el pasado traumático corresponde a la acción de la

justicia —especialmente lo que se refiere a la reparación y reconocimiento de las víctimas de crímenes horrendos—, vienen advirtiendo desde hace más de una década de sus excesos y abusos y reivindican la autonomía radical, desde la raíz, del conocimiento histórico y su libertad en relación con la memoria... (p. 227).

Así pues, en estas páginas se apuesta rotundamente por la plena autonomía y supremacía de las artes de Clío frente al terreno movedizo de lo subjetivo proveniente de la memoria, el testimonio individual o la mera confrontación ideológica. Contra tal reducción gremial del espacio público del saber histórico, en su día clamaba J. Habermas en el célebre debate de los historiadores alemanes de los años ochenta sobre el pasado y la identidad nacional de su país, en el curso del cual mantuvo la tesis de que la historia era cosa demasiado importante para dejarla sólo en manos de los historiadores. Frente a tal suposición, el profesor Juliá defiende precisamente que el pasado es demasiado importante para dejarlo en manos de gentes que no sean profesionales de la historia, por ejemplo, entre aquellos que reivindican la memoria o quienes fomentan, desde las tribunas parlamentarias y otros espacios de poder, políticas públicas de la memoria con el fin de resignificar el pasado conforme a intereses particularistas y falsos, distintos a los que deben imperar bajo el mandato weberiano del historiador cultivador objetivo y desinteresado de la ciencia, ideal muy querido por nuestro autor.

Es, pues, esta obra un combate por la historia y contra las críticas más habituales (abuso del recuerdo, manipulación del pasado con vistas al presente, trivialización de la historia, beatificación parcial de algunos pasados y demonización de otros, etc.), que prosigue el hilo argumentativo que, por parte de algunos historiadores (desde P. Nora a T. Judt) y otros analistas, ha venido recibiendo la emergencia en la escena pública y en los estudios sociales de la memoria. Y así, las nuevas corrientes

«memorialistas» no le merecen más que desprecio cuando pretenden salirse de su cauce natural y tienden a sustituir a la historia, convirtiendo la memoria, como postulan los defensores de una *razón anamnética*, en poderosa herramienta cognitiva y hermenéutica. Santos Juliá aquí se muestra como un historiador dispuesto a defender la fortaleza de la historia como ciencia libre de valores y desprovista de intereses ideológicos, atenta al dictado de los hechos y de las teorías corroboradas con la investigación experimental. En realidad, toda su narración, muy rica e ilustrativa en la descripción de cómo se formó en su oficio y de qué manera fue afectado por los paradigmas en boga en cada momento histórico, demuestra que su actitud de hoy ante las más recientes innovaciones historiográficas (el «giro cultural» y la «historia postmoderna») de las dos últimas décadas es más bien defensiva y contraria a las corrientes historiográficas que han puesto en cuestión algunas de la certezas tradicionales del saber histórico. Una de ellas es ese tipo de historiadores, como D. De Capra y otros, que, desde hace años, hablan de *turn to memory*. Juliá prefiere instalarse en la apología del oficio de historiador acudiendo a una combinación de historia social (con su inexcusable huella weberiana) con narrativa histórica de tipo tradicional. Lo que se nos antoja un menú demasiado somero después del terremoto que ha sacudido a la razón moderna y a los paradigmas historiográficos en los últimos treinta años, tiempo en el que precisamente él ha desarrollado su tarea profesional.

La crítica de la emergencia de la memoria contiene momentos brillantes y es utilizada, una vez más, para desacreditar, a veces de manera hiperbólica, otros planteamientos. Y a tal fin, se limita y conforma con el trazo grueso que autoriza a ridiculizar, con no pocos motivos, la «memoria judía» de EE. UU. o Israel, donde la espectacularización memorial alcanza cotas más altas y fines políticos más discutibles. El abuso de memoria (y de

la historia monumental, como ya decía Nietzsche) está, sin duda, a la orden del día, pero otra cosa es no comprender ni entender que el giro hacia la memoria implica un nuevo tipo de racionalidad anamnética¹, tan opuesta a la weberiana que empapa el discurso del autor. No hay peor sordo que el que no quiere escuchar. Como de pasada, cita a Reyes Mate para afirmar que la memoria cotiza al alza, pero ignora todo lo que significa esa nueva valoración en el pensamiento crítico, en la filosofía que hunde sus raíces en la tradición de la Escuela de Frankfurt, desde cuyos bordes W. Benjamin construyó un discurso sobre la historia en las antípodas del que practica Santos Juliá, por mucho que su libro aluda a un empleo abusivo de Benjamin, no teniendo en cuenta que criticar el giro hacia la memoria implica y conlleva impugnar de cabo rabo la obra de Benjamin. Nos gustaría saber qué entienden por buen uso de Benjamin, porque la filosofía de éste no cabe en el traje teórico que gasta el profesor Juliá. En fin, se practica una descalificación y desconfianza de nuevos territorios historiográficos (a los que a veces hace críticas muy en su sitio) y se maneja un concepto restringido y pobre de «crítica» (en tanto que tratamiento adecuado de fuentes y datos por el historiador), que se sitúa a muchas millas del

1. La revalorización de la memoria se vincula al pensamiento crítico. Las tres dimensiones (cognitiva, hermenéutica y ética) son a menudo resaltadas por M. Reyes Mate dentro del amplio abanico de publicaciones a que ha dado lugar su programa de investigación sobre *La Filosofía después del Holocausto*, y otros autores como J. B. METZ, *Por una cultura de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 1999. Uso que se remonta, tras los apuntes iniciales de M. Halbwachs y W. Benjamin, a las digresiones de T. W. Adorno sobre el deber de memoria y a la tradición interpretativa que reivindica una razón anamnética como alternativa a la razón tecnicista e instrumental de la modernidad. E incluso también a la razón procedimental propuesta por J. Habermas.

continente de pensamiento heredero hoy de los grandes pensadores que pusieron en cuestión los fundamentos del mundo en el que vivimos.

Por lo demás, la obra le sirve para volver a sus viejos temas sobre la interpretación de la historia de España: el mito del fracaso de la modernización y de la peculiaridad, en tanto que anomalía, de la vía española, el mito del pacto de silencio y olvido de la Transición, el mito de la República como causa ineludible de la guerra, el mito de los valores democráticos del movimiento obrero de los años treinta, los mitos de las fuerza promotoras de la recuperación de la memoria histórica (y, por añadidura, los autos del juez Garzón), y así sucesivamente... Lo más sustancial para nosotros reside en el rechazo del paradigma interpretativo de la Transición como fenómeno negativo, en boga sobre todo en la última década, y como factor causal, debido a la amnesia hacia el pasado, del carácter incompleto de la actual democracia española.

Lo que yo sostuve entonces [en 2003 en «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», *Claves*, n.º 129, pp. 14-24] fue que ni la amnesia, ni el silencio, ni el olvido definieron los años de la transición política a la democracia, sino la voluntaria decisión política de «echar al olvido» un pasado que estaba muy presente en la conciencia de todos y del que nunca dejó de hablarse, y sobre el que nunca se dejó de escribir en estos años. A esta política de echar al olvido que venía de mucho antes, cuando se establecieron frágiles vínculos entre partidos de la oposición con disidentes que habían servido al régimen, sus artífices la llamaron política de reconciliación (de la que ya se había caído el adjetivo) nacional, mientras quienes resultaron marginados del proceso comenzaron a denunciarla como un pacto de silencio o de olvido, expresión que ha alcanzado un éxito generalizado hasta el punto de convertirse en un nuevo paradigma en nuestra reciente historia, como el fracaso lo había sido de toda la historia del siglo XIX hasta la misma guerra civil (Juliá, 2011: 129).

En suma, el devenir de España y de su historia más reciente, pese a quien pese,

pueden y deben ser explicados en clave de éxito más que en el de fracaso. Este discurso, compartido por otros historiadores, se forja en los años noventa y cada vez más se aposenta en los nichos intelectuales y orgánicos de la derecha española. ¿Se acuerdan ustedes del aznariano *España va bien*? ¿Será posible, a la vista de la crisis actual, mantener el discurso panglossiano durante mucho tiempo? Cualquier día de estos regresamos al dolor y pesimismo de la literatura del desastre. Tiempo al tiempo.

En fin, esta obra es la de un intelectual al viejo estilo que confiesa sus preferencias y sus fobias. Esta radical defensa de la historia contra la memoria (él mismo no lo diría así y dejaría el «contra» en superioridad) a veces roza la cercanía a la actitud parlamentaria del PP ante la memoria de la guerra civil y el franquismo, que finalmente desembocó en su soledad al rechazar el intento de reparación introducido por la llamada Ley de Memoria Histórica de 2007. El intento de estar entre tirtios y troyanos, atacando a los de su vieja «cuerda», la de la izquierda, puede acabar por romper² definitivamente con sus viejas ataduras. Por lo demás, su discurso pretendidamente libre de valores y no profético ha de ser y hacerse compatible con su enorme poder como historiador e intelectual público de *El País*, desde cuyas páginas hace algo más que historia profesional. ¿Romperá algún día Santos Juliá con sus viejos amigos? Dejemos que el tiempo corra para atisbar hasta dónde llega nuestro historiador-artesano... De momento, estamos ante un libro que no dejará indiferente ni aburrirá a quienes se acerquen a su lectura.

Raimundo Cuesta
Fedecaria-Salamanca

2. Por cierto, una de las mejores aportaciones del libro es el seguimiento parlamentario de los debates en torno a la memoria de la guerra, la amnistía y las reparaciones de la guerra. Véase capítulo 10: «Y los políticos recuperan la memoria».